

EL ROL DEL PODER NAVAL

Patricio Storaker Molina
Capitán de Corbeta

Introducción

En este análisis señalaremos dos grandes áreas de interés del poder naval. Una, su rol en tiempos de paz, que en la actualidad es objeto de estudio no sólo por oficiales de la armada sino también por científicos políticos e historiadores y que cobra notoria importancia día a día. La otra área es su rol en tiempos de guerra, que lógicamente mantiene su permanente actualidad.

Antes de entrar en la materia es preciso señalar que pese a todo lo escrito sobre estrategia marítima son pocos los autores que dan una definición de poder naval y sobre el rol que debe cumplir.

Así, por ejemplo, según señala Herve Coutau-Begarie en su reciente obra *El poderío marítimo*, Maham, quien dentro de su concepto de poderío marítimo analiza detalladamente el poder naval y su influencia, nunca efectuó una definición del poder naval en sus 20 libros y 137 escritos.

Al analizar el rol del poder naval nos limitaremos a las armadas que sólo poseen armamento convencional, ya que la sola inclusión de las armas nucleares crea un nuevo tema, dadas su complejidad y proporciones.

Tampoco podemos olvidar las lecciones del pasado, que nos señalan claramente el resultado de los conflictos en los cuales el poder naval no fue empleado de acuerdo al verdadero rol que éste debe cumplir, probablemente por falta de visión de los gobernantes, que no comprendieron todo su real valor en apoyo a la política de la nación.

El rol del poder naval

En el ámbito internacional, el poder es la esencia de la política, siendo el poderío militar su mayor expresión coercitiva.

El poder nacional es la suma de los recursos y valores de que dispone una nación; entre ellos el poderío militar, para el logro de los objetivos que pretende alcanzar o preservar.

Desde los tiempos más remotos las relaciones entre los Estados están regidas por el "poder" y su "influencia", representando éstos la capacidad que tiene una nación para que las otras se inclinen a adoptar sus decisiones; es frecuente diferenciar lo que el poder y la influencia representan, entendiéndose por poder la "capacidad de mover a otros amenazando con privaciones o infligiéndolas", mientras que influencia es la "capacidad de hacerlo mediante promesas o concesión de beneficios".

Ambos conceptos de relación son, esencialmente, instrumentos que se emplean para alcanzar o preservar otros objetivos.

Sólo aquellos países que poseen poder tendrán capacidad para aplicar la fuerza, como también amenazar con su uso, lo cual representa en sí mismo poder.

El poder de una nación siempre es relativo porque está referido al de otras naciones; además, para dimensionar su efecto deben ser evaluados todos los factores que intervienen.

Paralelamente, la suma de las aspiraciones de la colectividad perteneciente a un determinado Estado estará reflejada en un Objetivo, el cual es una adición y compendio de sus anhelos y aspiraciones, que finalmente el gobernante traduce en el Objetivo Político Nacional. Este, al ser conjugado con el poder nacional en relación

a otros Estados —en particular los vecinos— y teniendo en cuenta los objetivos que se pretendían alcanzar o preservar, nos determinarán las hipótesis de guerra, su carácter y su correlación marítimo-continental, de cuyo examen se derivará, por lo tanto, el empleo del poder naval en tiempos de guerra como componente del poderío militar. Como tal, siempre podrá emplearse en funciones ajenas a la estrategia marítima, apoyando a otras estrategias.

Es así como el potencial general de la nación a través de los cuatro campos de acción tiene como misión general: En la paz permitir su desarrollo armónico y en la guerra vencer al adversario. Dentro de este contexto, el poder naval junto con los poderes terrestre y aéreo conforman el campo de acción bélico, cuya misión en la guerra será el logro del objetivo estratégico final para las Fuerzas Armadas que satisfaga al objetivo político de guerra, el cual junto con el accionar de los otros frentes permitirá quebrar la voluntad de lucha del adversario y así imponer las condiciones de paz deseadas.

El poder naval, siendo parte del poderío militar del Estado pero a su vez componente de su poderío marítimo, puede tener —en relación a este último— un desarrollo de base económica o de base de fuerza, al tenerse en cuenta o no la dimensión de los intereses marítimos a los cuales debe dar seguridad.

Los dos elementos que componen el poderío marítimo de la nación son el poder naval y los intereses marítimos; el primero “para dar seguridad al segundo” y ambos entre sí “para asegurar el uso del mar”, ya sea ejerciendo soberanía marítima en el territorio marítimo jurisdiccional para emplearlo en beneficio de los intereses nacionales —lo que comprende su control, vigilancia, administración y explotación— o bien utilizando y explotando para iguales fines la alta mar.

La necesidad de defender los intereses marítimos tiene como consecuencia el desarrollo proporcional del poder naval en aquellas naciones que no lo han desarrollado, para respaldar sus pretensiones de vinculación o en respaldo de sus intereses políticos.

Es así como existen Estados que han desarrollado su poderío marítimo en base a la fuerza, predominando su poder naval para satisfacer un objetivo político, como se apreciará en los ejemplos siguientes:

—Tal fue el caso de Chile durante su independencia, en la cual se creó la Primera Escuela Nacional no para proteger los intereses marítimos, ya que prácticamente éstos no existían, sino para iniciar la disputa del control del mar a España.

—El caso de Rusia es también interesante de analizar. En la época de los Zares se estableció un gran Imperio pero con un desarrollo marítimo muy débil. Prácticamente no poseía flota mercante ni pesquera y solamente una modesta fuerza naval repartida en dos océanos y tres mares, con una orientación de defensa de costas.

En su primer conflicto con una naciente potencia marítima, Japón, sufrió una derrota aplastante; sin embargo, no aprendió de esta lección y hasta la Segunda Guerra Mundial continuó dependiendo del tráfico marítimo en buques de otros países y del poder naval aliado para recibir los vitales abastecimientos y material bélico.

Después de este conflicto, sus estrategos decidieron iniciar el desarrollo de su poder naval, apreciándose el rápido incremento de su fuerza de superficie y especialmente de sus submarinos. Luego, su nueva comprensión del poderío marítimo lo llevó a multiplicar su flota mercante y pesquera, que hoy opera en todos los mares, haciéndose presente su fuerza naval en todas las zonas de conflictos.

Otros países, en cambio, han desarrollado un poderío marítimo de base económica, predominando principalmente sus intereses marítimos. Es el caso de naciones como Noruega, que ha tenido desde décadas un notable desarrollo de la componente económica de su poderío marítimo, pero su fuerza naval es insuficiente aun para controlar sus aguas jurisdiccionales; en caso de conflicto, la OTAN considera reforzarla en primera prioridad.

Es por esto que, tal cual ha sucedido en nuestro país, el notable desarrollo de estos intereses implícitos en el uso del mar justifica por sí solo el incremento del poder que debe darles seguridad y ese no es otro que el poder naval.

Nuestra actual marina mercante bordea el millón 400 mil toneladas y comprende 82 buques, lo que significa que el país ha logrado triplicar su capacidad de carga marítima en los últimos tres lustros; asimismo, en cuanto a la pesca, ésta ha logrado aumentar sus exportaciones en 40 veces respecto a los valores existentes en 1973 y el tonelaje de la flota pesquera se ha triplicado, como también se ha incrementado la capacidad de construcción y desarrollo de industrias relacionadas con el mar, lo cual indudablemente justifica el incremento de nuestro poder naval.

La fuerza naval, la posición geográfica y la voluntad estratégica para conducir las operaciones constituyen el tríptico fundamental e interdependiente que permite al poder naval gravitar en un conflicto.

¿Qué es el poder naval?

Poder naval es la fuerza naval conjugada por la posición geográfica y a su vez animada por la voluntad estratégica, factores todos interdependientes, porque de fallar aunque sea sólo uno de ellos la flota no gravitará.

De aquí que la estrategia marítima sea la ciencia de concebir y el arte de emplear el poder naval, con el propósito de conquistar, disputar o ejercer el control del mar para los fines de la guerra.

La fuerza naval debe ser equilibrada, representando un conjunto coherente de medios de superficie, aéreos y submarinos, capaces de cooperar entre ellos en las diversas situaciones de enfrentamiento en el mar. Este equilibrio supone también la existencia de un apoyo logístico adecuado en relación al nivel de fuerzas y a su misión, que asimismo posean un debido grado de movilidad y un alto nivel de entrenamiento y alistamiento.

La posición en sí constituye un imperativo estratégico; si no se tiene o es defectuosa se deberá obtener o mejorar para lograr una ubicación que permita gravitar en el control de las líneas de comunicaciones marítimas.

Es así como Chile, con visión de futuro, tomó posesión del estrecho de Magallanes en 1843, contribuyendo además a la consolidación nacional.

Su armada contribuyó también a lo mismo en 1953, con el establecimiento de la Estación Naval de Puerto Williams.

La estrategia naval no concibe ninguna resolución sin que se haya tomado en consideración el factor geográfico y este no es otro que la posición, que en sí no tiene ningún valor, sino lo que le da significación es la fuerza que se apoya en ella; por lo tanto, toda posición debe otorgar un mínimo de apoyo para que ésta pueda tener presencia y persistencia en función de los objetivos estratégicos; de lo contrario no gravitará como poder naval.

Todo el análisis efectuado por el Almirante Wegener, en su obra *La Estrategia Naval en la Guerra Mundial*, se refiere a este tema y en ella se aprecia cómo la flota alemana denominada de Alta Mar se encontraba bloqueada en el mar del Norte por la flota inglesa, que poseía una superioridad relativa de fuerzas pero, más que todo, una posición muy superior.

La ocupación de Dinamarca y Noruega en la Segunda Guerra Mundial fue, sobre todo, una ofensiva para mejorar la posición.

Finalmente, el último elemento, no por ello el menos importante, es la voluntad estratégi-

ca, decidida a emplear esta fuerza con resolución cada vez que la situación lo exija.

Ejemplos de conflictos en los cuales los estadistas y su alto mando no tuvieron la visión o no comprendieron el real valor del poder naval se encuentran durante toda la historia, siendo el más reciente el conflicto de las Malvinas o Falkland, en el cual el alto mando argentino careció de voluntad para emplear su flota de mar para que gravitara como poder naval, ya sea contribuyendo a aislar el teatro de operaciones mediante el ataque a las líneas de comunicaciones militares entre el Reino Unido-isla Ascensión-islas Malvinas o Falkland, o en otras operaciones.

El rol principal del poder naval en tiempos de paz es en apoyo de la política exterior y en el control de las actividades en las zonas marítimas de la jurisdicción del país.

Para sostener su política exterior, el gobierno necesita un apoyo fluido. La armada está en condiciones, por su naturaleza misma, de cumplir este rol.

Si entendemos o definimos la expresión "tiempos de paz" como casi cualquier situación, excepto el estado de guerra total, entonces el empleo de la fuerza naval en este estado genera un tema de enormes alcances.

Muchas veces, las Fuerzas Armadas llevan a cabo funciones sin llegar a la guerra; es en esta situación, en la cual las amenazas reemplazan a la ejecución, donde el poder naval se destaca por sus especiales atributos, los cuales pueden ser conceptualizados de la siguiente forma:

—*Flexibilidad política.* Consiste en la capacidad de ejercer influencia por su sola presencia, sin arriesgar la violación de espacio territorial alguno. Indudablemente, esta capacidad se basa en el potencial ofensivo que representa el buque de guerra, el cual puede representar una amenaza incluso fuera del mar jurisdiccional.

—*Flexibilidad operativa.* Consiste en la facilidad para desplazarse hacia áreas alejadas en cualquier momento en que la situación política lo requiera, proyectando el potencial bélico de la nación en un tiempo relativamente corto, incluso entre dos áreas muy distantes o bien converger hacia un área de especial significación.

Un ejemplo claro es el envío de buques de guerra de distintas nacionalidades al golfo Pérsico durante el conflicto Irán-Irak.

—*Flexibilidad logística.* Consiste en la capacidad de permanecer por largo tiempo en el lugar en que sea necesario, manteniendo su capacidad operativa.

El ejemplo anterior señala a países como Holanda, Gran Bretaña, Francia y Estados

Unidos, que mantuvieron su presencia en el área del golfo Pérsico mientras ésta fuera necesaria.

—*Condición de lista al arribo.* Constituye una amenaza desde el momento mismo en que ocupa un área de despliegue, pudiendo iniciar de inmediato las operaciones.

—*El simbolismo.* Dado por la imagen que del poderío militar de la nación a la que pertenece su pabellón transmite un buque de guerra, la que se ve acrecentada por la condición de extra-territorialidad que el derecho internacional reconoce a estas unidades.

Los gobiernos de las potencias marítimas han empleado frecuentemente sus buques dentro de una modalidad "diplomática" o "política", esperando afectar así el modo de pensar y el comportamiento de otros gobiernos, sin mayor intención o previsión de llegar a usar la fuerza. En este contexto, se entiende como diplomático el empleo de los buques de guerra en apoyo a la posición negociadora general de un país en situación de negociaciones especiales y en las etapas de creación de influencia, así como en variadas tareas de representación.

Es así como el poder naval cumple diferentes roles en su calidad de componente del binomio diplomacia-fuerza, que conforma un elemento insustituible de respaldo a los objetivos que ha trazado la política exterior del Estado.

La sola existencia de una fuerza naval adecuadamente poderosa en relación a la de posibles adversarios, a menudo ha sido suficiente para mantener el equilibrio o disuadir a los agresores potenciales de iniciar un conflicto, dada la capacidad que esa fuerza naval posee para producir daños de gran significación.

También se usa el mar para aumentar la disuasión y la defensa, con el fin de proteger a los compatriotas e influir en zonas lejanas; esto es particularmente importante para aquellos Estados que poseen bienes, intereses o posiciones alejadas de su territorio, pudiendo ser éstas las tradicionalmente llamadas armadas oceánicas, como la Real Británica y la de Estados Unidos.

En la actualidad somos testigos de una creciente y general desconfianza en la estrategia de disuasión; es así como hace unos años la disuasión del Gobierno británico fracasó y se vio obligado a iniciar una acción militar contra las tropas argentinas que invadieron las Islas Malvinas o Falkland.

Es importante entonces examinar la causa de su fracaso. Existen dos condiciones que deben darse para una disuasión exitosa. La primera es que un agresor potencial debe estar convencido de la determinación política de un país

para defender un determinado interés y, la segunda, que debe desplegarse un nivel creíble de fuerza militar para defender dicho interés.

La disuasión, al menos la convencional, es el efecto resultante de la capacidad estratégica, esto es, la capacidad demostrada por el poder naval para cumplir las misiones que exigiría el conflicto que se desea evitar; como señalábamos anteriormente, la credibilidad de esta capacidad estratégica es refozada por una evidente presencia naval.

La presencia, empleo o amenaza de empleo de una fuerza naval limitada, que no sea acto de guerra, asegura ventajas o evita pérdidas en las relaciones y disputas internacionales.

Con el propósito de impedir o restringir acciones opuestas al interés nacional o bien para apoyar acciones que lo favorezcan, los gobiernos efectúan el despliegue de sus fuerzas navales, siendo su presencia el instrumento más poderoso y efectivo que puede utilizarse en apoyo y realización de la política nacional.

Sin embargo, esta "presencia" puede subdividirse, de acuerdo al nivel de violencia, en una presencia rutinaria y en una demostración de fuerza, manteniendo una similitud con los despliegues preventivos y reactivos definidos por el Almirante Stanfield Turner o una equivalencia con los términos que usó Edward Luttwak en *Los usos políticos del poder naval*.

—*La presencia rutinaria.* Comprende las acciones realizadas durante los ejercicios de entrenamiento y las visitas a puertos, cuyo objetivo principal es demostrar que se tiene intereses en diversas regiones del mundo y confirmar el apoyo a aliados y amigos. Un ejemplo característico y muy conocido por nosotros es la Operación UNITAS. Las visitas a los puertos, además de los objetivos normales de descanso a la tripulación y mantención del buque, sirven para indicar cuán estrechas son las relaciones con la nación visitada —como es el caso del buque-escuela *Esmeralda*— y pueden ayudar a incrementar las vinculaciones comerciales y culturales.

—*La demostración de fuerza,* definida de manera que incluya el uso limitado o simbólico de la fuerza, como muy bien lo explicó James Cable en *Diplomacia de cañoneras*, sería un despliegue específico de fuerzas navales con miras a obtener un objetivo político definido. Se puede contemplar el uso planificado de la fuerza o bien su empleo eventual en caso que, razonablemente, lo exigieran las circunstancias.

En su rol coercitivo, la demostración de fuerza puede ser usada de dos formas: Para obligar a la otra parte a cambiar su conducta o

bien para que mantenga una conducta establecida.

Cuando una fuerza mantiene su conducta en una demostración de fuerza disminuye la velocidad de desarrollo de la crisis, permitiendo así que se cuente con más tiempo para lograr el éxito en iniciativas económicas y diplomáticas. El simple hecho de que sea necesario realizar una demostración de fuerza señala las dificultades que tiene la política para lograr un éxito.

La demostración de fuerza no es un fin en sí, sino que constituye solamente un medio para complementar las iniciativas diplomáticas y económicas. La demostración de fuerza o cualquier acción militar no va a salvar una política mal concebida, ya que sin las medidas económicas y políticas adecuadas, la demostración de fuerza no podrá tampoco lograr el objetivo deseado.

Es así como esta graduabilidad característica que le es exclusiva hace al poder naval singularmente flexible y manejable para ejercer presión y lo transforma en insustituible respaldo a la política exterior del Estado.

Las zonas marítimas jurisdiccionales de los países han aumentado enormemente su importancia y su control impone una dedicación creciente del poder naval.

El mar continúa siendo un medio de interrelación económica, política y militar de vital importancia y fuente de recursos alimenticios, energéticos y minerales que son de especial significación para los Estados.

La demanda mundial de los recursos provenientes del mar ha crecido en forma significativa y se han desarrollado nuevas técnicas para su explotación, tanto de la pesca como de los yacimientos petrolíferos y en menor escala de los minerales de los fondos marinos.

Todos los países procuran explotar estos recursos en su beneficio, tanto en su litoral como en los océanos. Esto es especialmente aplicable a la pesca, que ha impulsado no sólo a las grandes potencias sino que a países como Corea, Polonia, Cuba y otros, a enviar verdaderas flotas pesqueras a mares lejanos.

Los países ribereños han intentado proteger sus intereses marítimos mediante disposiciones que amplían el Mar Territorial, la Zona Económica Exclusiva y la Plataforma Continental, lo cual no siempre ha sido aceptado o respetado por todos los países.

Al respecto, conviene recordar la frase de A. Balfour: "Aquellos que piensan que para estos problemas los tratados internacionales y las leyes internacionales pueden proporcionar un remedio, han aprendido mal las lecciones tan claramente enseñadas por la historia".

Sin duda, la solución es que el poder naval cumpla su rol de controlar los mares jurisdiccionales y este es el origen de la misión principal para casi dos tercios de las armadas del mundo.

Si revisamos las publicaciones de defensa de los últimos años veremos aparecer numerosas armadas de países de África, Asia, América y Oceanía, cuya composición típica es de buques patrulleros, desde lanchas, en los países más pequeños, hasta buques oceánicos apoyados por helicópteros y aviones, en los países más desarrollados.

La efectividad de esta actividad naval se ha visto verificada en diversos conflictos, como la llamada Guerra del Bacalao, en 1958, entre Islandia y los pesqueros ingleses. Igualmente en Sudamérica, con la captura y multa a los pesqueros norteamericanos y japoneses dentro de las 200 millas del Perú y Ecuador.

En el caso de Chile, su territorio marítimo es de gran riqueza pelágica. Aunque la flota pesquera nacional se ha triplicado, hay gran interés de otros países por participar en esta explotación. Igualmente, en el futuro hay grandes posibilidades para la explotación de los nodulos marinos en nuestra área jurisdiccional.

Para salvaguardar estos intereses, la Armada de Chile patrulla constantemente las 200 millas manteniendo bajo control a las flotas pesqueras extranjeras. Desde ya, se ha hecho evidente la necesidad de incrementar su actual poder naval para cumplir esta importante tarea.

Como sabemos, el poder naval en tiempos de guerra se orienta a obtener la más libre utilización del mar para lograr contribuir al logro de la victoria.

El poder naval, si bien no basta para lograr por sí solo la decisión, dada la correlación marítima continental, constituye en la mayoría de los casos, y en particular para los países marítimos, un elemento decisivo.

Para comprender la razón de ser del poder naval es importante señalar los usos del mar desde el punto de vista de la estrategia marítima, a saber:

- Como eficiente medio de transporte.
- Como base para proyectar el poder sobre tierra.
- Como fuente valiosa de recursos naturales.

Las fuerzas navales pueden ser empleadas para asegurar estos tres usos o negárselos a un adversario. Desde ahí se desprende que una de las tareas primarias del poder naval sea el control de las líneas de comunicaciones marítimas, lo que ha mantenido su vigencia a través del tiempo.

Si bien el poder naval muy a menudo ha

sido una condición necesaria para concluir victoriosamente una guerra, sólo en algunas lo ha logrado por sí solo, pues no es una condición suficiente, ya que es en tierra donde se encuentran los mayores intereses, territorios, poblaciones y riquezas.

Debemos diferenciar el rol que desempeña el poder naval en el caso de un conflicto entre países insulares o que estén separados por el mar, con los de condición geográfica esencial continental, con fronteras comunes, ya que en el primer caso el dominio del mar es condición ineludible, pues si un país es privado de sus comunicaciones marítimas se le producirá el colapso y esto lo puede lograr el poder naval sin una mayor cooperación de otras fuerzas.

En el otro caso, el resultado del conflicto dependerá del efecto de las acciones de las fuerzas terrestres; de aquí que su influencia sobre las operaciones terrestres se deriva de la seguridad que da al flanco del dispositivo terrestre desde el mar o de la realización de una operación de proyección del poder naval contra el territorio adversario.

Es por esto que, salvo en los casos de gran supremacía militar y la falta de obstáculos naturales que permitan desarrollar una guerra relámpago, como fue el ataque alemán a Polonia, siempre gravitarán otras acciones junto a las meramente terrestres o aeroterrestres.

Vemos así que el rol del poder naval en tiempos de guerra está representado en su forma más perfecta por el dominio del mar, que en esencia es la facultad de poder usar el mar en beneficio propio e impedir su uso al adversario. Sin embargo, debe considerarse que es un concepto esencialmente relativo en tiempo y en espacio, por lo que algunas naciones utilizan el término "control del mar", indicando que este es, a su vez:

- *Incompleto* por la vastedad del mar.
- *Imperfecto* por la participación de otros Estados que en su condición de neutrales apoyarán a uno u otro beligerante (neutrales benevolentes-participación superpotencias).
- *Local*. Tendrá efecto sólo en el área de influencia del poder de la fuerza naval.
- *Temporal*. Se mantendrá mientras la fuerza esté presente en el área.

Además, se debe considerar que con el avance tecnológico de los medios navales el control del mar se ha hecho progresivamente más imperfecto, especialmente por parte de quien pretende haber conquistado su dominio.

Así, en su meta de lograr el control del mar el poder naval desarrolla operaciones de dominio, disputa, ejercicio y proyección.

La conducción de la guerra en el mar se orienta a la destrucción o neutralización de la Fuerza Organizada adversaria, al ataque o defensa de las comunicaciones marítimas y a la explotación y uso del mar en beneficio propio o negándoselo al adversario.

Para efectos de un ordenamiento se han definido tradicionalmente las siguientes operaciones navales típicas que desarrolla el poder naval.

—*Conquista del dominio del mar*. Operación destinada a destruir o neutralizar la Fuerza Organizada adversaria, destruyéndola mediante la batalla o neutralizándola mediante el bloqueo.

—*Disputa del dominio del mar*. Operación destinada a impedir que el adversario conquiste el dominio del mar o lo use en beneficio propio.

Las dos operaciones anteriores se realizan mediante contraataques mayores, menores o flota en potencia.

—*Ejercicio del dominio del mar*. Operación destinada a explotar el dominio del mar. Se materializa mediante la defensa de las comunicaciones marítimas propias y el ataque a las comunicaciones marítimas del adversario.

Aun antes del inicio de las hostilidades y con mayor vigor desde ese instante, las fuerzas navales deberán cumplir estas múltiples tareas. Según la prioridad que establezca el plan de operaciones habrá que asegurar y emplear las comunicaciones marítimas, económicas, militares y de mantenimiento.

Sin embargo, desde hace algunos años se ha incorporado una cuarta operación naval a las ya mencionadas: Las "operaciones de proyección", las cuales se encontraban incluidas en las operaciones de ejercicio de dominio del mar, pero por sus importantes repercusiones estratégicas merecen una clasificación aparte.

La Fuerza Organizada normalmente realiza operaciones de disputa del dominio del mar y simultáneamente desarrolla operaciones de ejercicio del dominio del mar, dando protección indirecta o cobertura a sus comunicaciones marítimas, y ataca —si la situación lo aconseja— las comunicaciones marítimas del adversario. Se debe recordar que si la Fuerza Organizada enemiga se interpone con intenciones de impedir el cumplimiento de la misión, existirá entonces un fundamento estratégico para dar la batalla para la conquista del dominio del mar.

La proyección del poder naval consiste esencialmente en el accionar de las fuerzas navales propias contra el territorio adversario.

El rol de proyección del poder naval está comprendido tradicionalmente en el amplio

concepto del control del mar; sin embargo, por su gran trascendencia generalmente afecta a las estrategias colaterales; además, cabe diferenciarlo de las otras formas indirectas en que el poder naval puede hacer sentir su influencia en territorio adversario.

Es conveniente destacar que el generalizado término de "operación anfibia" sigue vigente y constituye una de las formas de proyectar este poder naval.

Si quisiéramos efectuar una clasificación de estas formas de proyección podríamos señalar que existen variadas opiniones, más o menos coincidentes, las cuales consideran tres áreas: El bombardeo naval, las operaciones anfibias y las operaciones aeronavales ofensivas.

—Es así como la escuadra al mando de Cochrane efectuó una audaz operación de proyección sobre las fortificaciones de la bahía de Corral, arrebatando esta importante posición a España durante la consolidación de nuestra independencia.

—De igual forma se realizó la liberación de Chiloé, después de cuatro intentos de conquista de esta importante posición estratégica española.

Durante la Segunda Guerra Mundial la conquista de las Filipinas por medio de operaciones de proyección en el Pacífico permitieron la conquista de una posición que posibilitó gravitar al poder naval estadounidense sobre las líneas de comunicaciones marítimas adversarias, contribuyendo en gran forma a la derrota de Japón.

Estas misiones, sin embargo, deben ser diferenciadas para enunciar el rol que cumplirá el poder naval, considerando los objetivos adversarios que deben ser atacados por dicho poder.

Estas pueden ser realizadas en apoyo a la estrategia marítima exclusivamente o en apoyo a las estrategias colaterales, con énfasis en aquellas originadas bajo el concepto de unidad de la guerra.

Es así como las operaciones de proyección realizadas en apoyo a la estrategia marítima se originan por la necesidad de conquistar o mejorar una posición o para negársela al adversario, mientras que las operaciones de proyección efectuadas en apoyo de las estrategias colatera-

les o bajo el concepto de unidad de la guerra o guerra total actúan en aquellos objetivos indicados por la estrategia conjunta, sobre el denominado territorio adversario.

Las operaciones de proyección realizadas en la costa norte de Francia y sur de Italia durante la Segunda Guerra Mundial permitieron al ejército aliado recuperar y conquistar territorio ocupado por Alemania, iniciando la ofensiva terrestre en el continente europeo.

Estas operaciones de proyección, por su importancia, normalmente tendrán repercusiones estratégicas en el desarrollo del conflicto. Crean un apremio para el adversario, al emplear la Fuerza Organizada propia para proporcionar protección contra la Fuerza Organizada adversaria.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Japón debió comprometer todo su poder naval ante la invasión a las islas Filipinas, ya que ésta constituía un importante apremio dado que su conquista impediría tanto el abastecimiento de materias primas a las islas metropolitanas como el envío de pertrechos a las posiciones conquistadas. Para la protección de las fuerzas de desembarco, los aliados debieron comprometer a la Tercera Flota contra la fuerza naval combinada de Japón.

Conclusiones

- El poder naval ha acrecentado su influencia a medida que la mayoría de las naciones han dejado de ser autárquicas y son cada vez más dependientes de las comunicaciones marítimas y de los recursos provenientes del mar.

- En el caso nacional, si bien ha mejorado la comprensión de la importancia de los intereses marítimos, no ha sido apreciada de igual manera la significación del poder naval en tiempos de paz y de guerra, debiendo nuestra armada redoblar sus esfuerzos para que esto se comprenda y se logre su adecuación al rol que debe cumplir.

- El uso del mar como base para proyectar el poder naval sobre tierra se ha incrementado grandemente en la segunda mitad de este siglo, convirtiéndose en uno de los aspectos más importantes de la estrategia marítima contemporánea.

* * *